

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



PAULINA FREDERICK

CUADERNO N.º 28

35 CTS

EL PRÓXIMO CUADERNO

ESTARÁ DEDICADO A

Harold Lloyd

Conocido entre nosotros por su seudónimo de **ÉL ~ Rival de Charlot**
:: **Una vida pintoresca** ::



EN PREPARACIÓN:

HENNY PORTEN : ANTONIO MORENO
TULIO CARMINATTI : WILLIAM FARNUM

ESTRELLAS DEL LIENZO

PUBLICACIONES "COSMOS"

Magnífica colección de postales de artistas cinematográficos

SERIE A

FRANCESCA BERTINI : WALLACE REID : BILLIE BURKE : TOM MOORE : RUTH CLIFFORD

Precio: 20 céntimos cada una y 90 céntimos la serie

Los encargos de fuera Barcelona, los serviremos, previo el envío de su importe por Giro postal o sellos de correo, mediante un aumento de 5 cént. por cada remesa. — Certificados, 35 cént. — Precios especiales para los corresponsales de esta Revista

Depósito para la venta: BRUCH, 3 ~ BARCELONA
y en todas las principales Papelerías y Librerías de España

TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

PAULINA FREDERICK

POR

MICROME GAS

EL GESTO TRAGICO DE
: PAULINA FREDERICK :



Es bella Paulina Frederick?

He aquí una pregunta que nos hemos hecho varias veces al salir de ver en la pantalla los gestos de la gran actriz. Y no acertamos a decirlo claramente.

Reconocemos, ante todo, que la Frederick no es una belleza profesional; es decir, una de esas bellezas que los fabricantes de películas de los Estados Unidos nos presentan en gran abundancia haciendo resaltar sus encantadoras cualidades físicas por medio de una propaganda hábilmente desarrollada.

Por lo general, estas bellezas no tienen otro mérito que ese: el de ser bellas. Casi siempre adolece su trabajo de falta de sentimiento y de sobra de afectación. Son unas preciosas muñecas

que gozan exponiéndose, porque están convencidas de que son bonitas.

¿Para qué necesitan del arte? ¿Para qué necesitan del sentimiento?

Con su belleza les basta. Ellas mismas son las primeras convencidas de que esos dos factores tan esenciales en una artista—y sobre todo en una artista cinematográfica—pasarían a segundo término, oscurecidos por su belleza singular.

Y he ahí por qué se da el caso que en las películas americanas vemos una cantidad enorme de caras bonitas, siendo muy pocas en proporción las estrellas que verdaderamente pueden llamarse artistas.

El público de allí empezó ya a darse cuenta de estos defectos de la cinematografía americana que señalamos, y su actitud ante la invasión de bellezas determinó la huelga forzosa que actualmente padecen los estudios del país del dólar.

¿Qué pedían los buenos muchachos yanquis?

Sencillamente: más arte y menos bellezas, tanto masculinas como femeninas. Más verdaderos artistas y menos muñequitas de porcelana y menos deportistas barbilampiños.

Esto es lo que pide el buen público americano y es lo que los fabricantes se ven obligados a darle, para no quedarse con sus producciones.

Paulina Frederick no puede incluirse en el número de las lindas muñecas de Sévres que antes mencionamos. Ella, como Nazimova, como otras varias artistas cuyos nombres no acuden en este momento a nuestra memoria, pertenecen a una categoría superior.

Hemos dicho antes que, al verla actuar en la pantalla, nos quedamos perplejos muchas veces para adivinar si era realmente bella.

Y no mentimos. Es que el arte de Paulina Frederick es tan grande, tan puro, tan emocionante, que no deja lugar para admirar su belleza. Al contemplarla sobre el lienzo, sólo tenemos ojos para seguir sus movimientos majestuosos, para desentrañar el misterio que encierran sus gestos de trágica eminente.

Es el polo opuesto a las figuras que citamos antes. Su arte, espléndido, magnífico, exuberante de vida y sentimiento oscurece las perfecciones de su rostro y de su cuerpo.

Quedamos presos en las redes que nos tiende desde la pantalla; nos sugestióna con el poder de su mirada, potente como la de un hipnotizador.

Y es por eso que la Frederick no figura entre las bellezas profesionales del cinematógrafo. Todos los espectadores sienten, ante ella, esa misma sensación de respeto que les obliga a admirar, sobre todas las cosas, su labor de arte grande y valiente.

Y, sin embargo, la Frederick es bella, muy bella, con una belleza perfecta y tentadora. Imaginaos una «Madonna» de Rafael,

en cuyas pupilas brillase toda la perversidad de las modernísimas mujeres-vampiros.

Tal es la belleza de Paulina Frederick. Hay en su rostro, de líneas clásicas, una mezcla encantadora de candor y de voluptuosidad. Hay en su cuerpo de Venus movimientos lascivos de criolla y movimientos enérgicos de Walkyria casta y fuerte.

De este conjunto extraño nace esa perplejidad que los espectadores sienten ante su arte que no sabe de las palideces ni de las medias tintas.

Sus creaciones, todas esas creaciones suyas que la han elevado al puesto que hoy ocupa, han dejado en nosotros una huella inolvidable.

¿Cómo olvidar, por ejemplo, el trabajo genial de la artista en «Bella Donna», «La mujer y la ley» y «La mujer del miedo»?

LAS GRANDES CREACIONES DE LA ACTRIZ EMINENTE

Y ya que sus creaciones magistrales han acudido a los puntos de nuestra pluma, no podemos dejar de ocuparnos de alguna de ellas ya que el hacerlo de todas, requeriría mucho más espacio del que disponemos.

«Bella Donna», una de las primeras películas de la gran actriz estrenadas en España, ha sido tal vez la que más nos ha gustado de sus creaciones.

Es un drama inquietante, como de pesadilla, como de alucinación.

Aún recordamos su manera de hacernos sentir ante las crueles maquinaciones de la mujer perversa que sueña con la muerte de un hombre, sin agradecer que aquel hombre la ha elevado hasta él, arrancándola del fango más abyecto.

Dice un periódico refiriéndose a esta creación:

«Con papeles de esta naturaleza es más que difícil, casi imposible, despertar la simpatía del público, y sin embargo, el gran arte, el asombroso dominio de Paulina, no sólo despierta esa simpatía sino que la lleva hasta la compasión, haciéndonos piadosamente juzgar injusto el trágico castigo del desenlace».

Otro periódico americano nos habla de esta cinta en la siguiente forma:

«Paulina Frederick es la sugestiva creadora del tipo que soñaron el gran Robert Hitchens y el talentoso J. B. Fagau.

Son tantos los matices y es tan saliente el colorido que infunde a la obra, que fácilmente se aprecian en ella momentos de candor angelical, arranques de pasión arrebatadora, toques de gracia de mujer sentimental, mirada de sugestiva serpiente, arrullos de paloma candorosa, refinamientos de amor purísimo, hondo, sentido en el fondo del corazón, en los recónditos de su alma...

...Y enamorando es exquisita, seductora. En posesión del amor es majestad imperativa y en el desprecio es asoladora e imponente.

...Es inmensa, magnífica y asombrosa cuando al reaccionar de un golpe de tremenda contrariedad se condena a la soledad y a la muerte por asfixia de los terribles huracanes del desierto, cuyas abrasadoras arenas elige para triste sudario de su cuerpo que siente morir...»

En «La mujer del miedo», la Frederick creando también un papel de gran vigor, nos obliga a admirar una vez más su arte. He aquí el argumento de esa película emocionante:

Una bellísima joven de no escasa ilustración y noble carácter sostiene en su interior una lucha terrible.

Tiene novio, le ama locamente y sin embargo, no quiere casarse con él, porque está enterada de que sus antepasados fueron apasionados por el alcohol y murieron víctimas de la horrible enfermedad que acarrea este vicio.

La interesante joven piensa en los hijos que pudiera tener y se horroriza al figurárselos con la tremenda herencia de sus abuelos.

El novio, abogado de gran porvenir, quiere a toda costa quitarle sus infundadas sospechas o, mejor dicho, aquella especie de visión supersticiosa.

No hay palabras ni argumentos que puedan contener los fuertes y nerviosos impulsos de la joven, la cual desaparece de su casa para irse a vivir con un matrimonio tan mal avenido, que están a punto de separarse.

El marido está celoso por la intimidad de su esposa con un artista de moda entre el sexo femenino; y aquí, nuestra heroína, para salvar la comprometida reputación de la dama, consiente en que su nombre empiece a envolverlo la calumnia, siendo al fin el pasto de las murmuraciones.

Deprimida y creyéndose ya sin fuerzas para luchar en contra de sus maldicientes, sufre su carácter un cambio brusco y se entrega al alcohol, mas al fin vence en la lucha y vuelve a sentirse libremente poseedora de su carácter firme.

Más tarde admite los galanteos de un joven aristócrata, con gran disgusto de la madre de éste, que escribe inmediatamente a su abogado para que vea el modo legal de impedir el matrimo-



Paulina Frederick

Caricatura de Funn

nio que tan mal parado va a dejar el honor de la linajuda familia.

Del mismo modo se pone al habla con afamados detectives para que averigüen y presenten pruebas de la aventura de su futura hija política con el artista de fama mundial.

La escena culminante es durante un *lunch*, en el que el novio, en completo estado de embriaguez, anuncia su próximo casamiento con la heroína de la película.

El abogado está presente y no es otro que el primer novio, el verdadero amor de aquella mujer, la cual, fingiéndose mareada por los vapores del alcohol, manifiesta que está conforme con el matrimonio que se le ofrece.

En este momento la madre del novio se alza encolerizada y amenaza con que relatará los escándalos que la novia de su hijo había dado días atrás.

Ante tal amenaza todos los concurrentes abandonan el salón, dejando solos al abogado y su novia de otro tiempo.

Así termina la película, dejando al público que fantasee lo que quiera para el porvenir.

Después de éstas, muchas otras películas ha interpretado Paulina Frederick, y a todas acompañó el éxito; un éxito verdadero, basado sobre el trabajo honrado de la actriz eminente.

Por esto el nombre de la Frederick es popular en todo el mundo, pues además de ser una de las artistas más completas de Yanqui-landia, es también una de las más fecundas. Ella y Norma Talmadge se llevan la palma en eso de la fecundidad en sus creaciones.

Trabajan mucho; producen una cantidad tan grande de películas, que, aquí mismo, en España, adonde no llegan sino contadas muestras de su talento, no se han sacado de un cine los carteles de cualquier película suya, cuando carteles de otra nueva producción de ellas los sustituyen inmediatamente.

Y no se crea por eso que su trabajo flojea en la mayoría de sus creaciones. La Frederick es de las artistas que trabajan durante todo el año. Pero trabaja sin prisas, sin fecha determinada para la terminación de un film. De ahí que no podamos observar defectos de precipitación en sus producciones y que éstas se nos aparezcan siempre pulidas, limpias de faltas, como una página de Flaubert.

Para dar a nuestros lectores una idea sobre la popularidad de que goza Paulina Frederick en los Estados Unidos, baste decir que recientemente se fundó en Los Angeles un club de admiradores de la estrella, que se tituló «Paulina Frederick Club», el cual cuenta en la actualidad con más de quinientos socios.

Pocas son las artistas que puedan decir otro tanto. Al menos, nosotros, en esto de la admiración popular, sólo encontramos un caso análogo: el de Mary Pickford.

**: PAULINA FREDERICK :
 NOS HABLA DE ARTE Y
 : : : DE VESTIDOS : : :**

En la revista londinense *Pictures and Picturegoer*, Paulina Frederick publica un artículo en el que nos habla de sus trapos, de esos adorables trapos de las artistas, que tanto excitan la curiosidad del público.

Lo reproducimos aquí, porque nada hay tan amable como estas confidencias de actrices, que nos muestran, como a través de pequeños resquicios, un poco de sus almas

He aquí el artículo en cuestión:

«Una gran parte del público está en la creencia de que el desarrollo de un film no exige de una actriz cinematográfica la oportunidad de exhibir hermosos trajes, a lo menos de la manera que lo exige la representación en el teatro.

Precisamente, podría decirse todo lo contrario.

El teatro no requiere para sus actrices *toilettes* tan perfectas, por cuanto la espiritualidad del diálogo o lo dramático de las situaciones absorben toda la atención del público.

Pero en la película, donde el público registra todas sus impresiones por medio de los ojos, los trajes juegan un papel primordial.

Para su trabajo la actriz cinematográfica precisa tan escogidas confecciones y colores tan armoniosos, como si trabajase en el escenario.

Yo tengo un íntimo deseo de representar a Shakespeare en la pantalla. Quisiera interpretar «La fierecilla domada».

¿Dónde podrán encontrarse más emocionantes pasajes y deliciosas comedias que en Shakespeare?

Sin embargo, no he podido nunca realizar mi deseo, a causa de las dificultades con que he tropezado en todos los estudios donde trabajé.

La razón de que los trajes de época hayan sido condenados por los directores de escena y por el público, es solamente a causa de que el personal de los estudios no ha sido nunca bien seleccionado.

Naturalmente, no hablo de las estrellas, sino de la comparsaría y de los actores extras llamados para completar el conjunto de un film, generalmente de mucho movimiento y de gran número de personajes.

Estas gentes, por lo regular, han sido tomadas sin vistas a la posibilidad de que no sean capaces de vestir trajes ajustados o rizados y amplios sombreros empenachados de plumas.

Son pobres gentes contratadas para un trabajo a jornal. Se

les da un traje, se lo cuelgan de los hombros y empiezan el trabajo.

Los actores de un poco de categoría se ríen a sus espaldas, pero nadie tiene el valor de decírselo francamente, y por eso van los infelices a ostentar ante la máquina su facha ridícula.

¿Puede, por lo tanto, nadie admirarse de que el público se vuelva de espaldas ante el solo anuncio de una película de «época»?

Pero si todos los miembros, durante el reparto de papeles, fueran meticulosamente seleccionados y aleccionados, con vistas a un efecto pintoresco y bello, ¿qué diferencia habría!

¿Por qué los romances antiguos, ilustrados con lindos grabados, corren de mano en mano?

Estoy convencida de que todo el mundo gustaría de las leyendas y teatro clásicos, si los actores vistieran con gusto sus pintorescos trajes.

«Romeo y Julieta», «Otelo», «El rey Lear», todas estas obras vigorosas, estoy segura de que alcanzarían en la pantalla un gran relieve.

Sí; es necesario adaptar a la pantalla las obras del inmortal Shakespeare.

Pero hay que tener bien presente que para ello es necesaria una escrupulosa selección entre los trajes y los efectos decorativos, debiendo los actores ser elegidos cuidadosamente, pensando siempre en una fiel adaptación a sus papeles respectivos.

Además, a mi juicio, la película puede tomar lecciones del teatro en materia de cooperación.

Se podría ganar mucho en coherencia y armonía si todos los que ayudan a desarrollar una película hubiesen trabajado juntos varias veces.

El actor teatral de poca importancia posee mejores medios para llegar a la buena interpretación de su rol que cualquier artista de películas.

Un actor teatral, por pequeña que sea su categoría, cuenta con un papel que se aprende de memoria y que le permite conocer a la perfección el medio en que se desenvuelve.

Pero, ¿cuál es la suerte del pobre actor cinematográfico? Muchas veces no ha podido leer lo que se va a representar y hasta no sabe lo que tiene que hacer en cualquier escena, hasta que se ve en ella y se lo indica el director. Obedece las voces de éste, pero no tiene ninguna probabilidad de estudiar su parte y poner un pensamiento de realidad en la labor que hace.

Yo creo que todo actor cinematográfico que tiene una parte responsable en un film, debería, primero, conocer a fondo el asunto, a fin de conseguir esa simpatía tan necesaria con el papel que representa.

Otra cosa que debe ser materia de una especial y cuidadosa atención, es la cuestión de los subtítulos



PAULINA FREDERICK en «La mujer del miedo»

**LAS GRANDES TRÁGICAS
DE LA CINEMATOGRAFÍA**



**RETRATO DE
PAULINA FREDERICK**



PAULINA FREDERICK en «Una semana de vida»



PAULINA FREDERICK en «La paz de la aldea»

¡Cuántos buenos films han sido arruinados, hundidos, porque los letreros eran inoportunos o enteramente desprovistos del carácter de la película, e inadecuados por lo tanto!

Los subtítulos no debieran nunca ser cambiados de cómo se escribieron originalmente al salir la película del estudio.

Con frecuencia los títulos se ven en escenas a las que no corresponden en modo alguno.

Es evidente que el carácter de la escena nos dicta a los sentidos casi siempre las palabras justas que representan.

Pues bien; a veces el subtítulo, arbitrario y ridículo, es un verdadero insulto a la inteligencia de los espectadores. El sentido común del público es en ocasiones mayor que lo que los directores de escena y exhibidores suponen.

Yo creo que hay muchos puntos que se deben corregir y examinar en los estudios y en la psicología general del público; pero confío en que todo esto irá evolucionando paulatinamente y de un modo cada vez más perfecto.»

DE AGTRIZ DE TEATRO
A ACTRIZ DE CINEMA-
: : : : TÓGRAFO : : : :

Por las anteriores líneas ya el lector se habrá dado cuenta de que los secretos de entre bastidores no son un enigma para Paulina Frederick.

En efecto; antes, mucho antes de ir a engrosar con su figura, ya eminente, las filas del cinematógrafo, la Frederick triunfaba en los escenarios de los grandes teatros, dando vida a esos personajes de tragedia que ella tan magistralmente interpreta.

Y fué sobre las tablas de esos escenarios, ante la blanca luz de las candilejas, donde empezó a amar a Shakespeare con todo el ímpetu de su alma.

Además de encontrar en los papeles de las obras del genial dramaturgo ancho campo para lucir sus excepcionales facultades, gustaba de dar vida a aquellos muñecos, porque en ellos adivinaba un fondo muy humano. Se podía, al interpretarlos, abrir los grifos del sentimiento y dejar que el alma cantase su canción de ilusiones y desencantos.

Además, ¿dónde encontrar la ironía, la suprema ironía que palpita en las obras del escritor inglés? ¿Dónde hallar un perso-

naje que se pareciese al inmenso Hamlet? ¿Dónde hallar una escena análoga a la del príncipe dinamarqués en el cementerio, cuando habla con Yorick, el sepulturero? Y, al mismo tiempo, ¿dónde encontrar personajes femeninos tan adorables en su candor, como Julieta y Ofelia?

Por eso Paulina Frederick amó, sobre todos los otros dramas que formaban su repertorio, los dramas intensos del gran Shakespeare.

Por eso, siempre que se le presentó ocasión para representar ante el público obras del cómico genial lo hizo encantada.

Y aprendió a sentir con «Otelo».

Y aprendió a amar con «Julieta».

Y aprendió a llorar con «Ofelia».

Y aprendió a odiar con «Hamlet».

Y tanto influyó en su arte el cómico inglés y tanto se adentró en su alma, que en los primeros años de su juventud, Paulina fué como un personaje más de los que él creó. En medio de sus extravagancias, en medio de sus refinamientos extraños y exquisitos, ella conservó siempre el alma pura, como la de una heroína de Shakespeare.

Y fué él quien le proporcionó en el teatro sus mayores glorias y quien, con su influencia emanada a través de sus libros, la empujó hacia el arte verdad, hacia el arte sincero, cuando fugaces variaciones de su carácter la impulsaban a recorrer caminos menos áridos.

Más tarde, cuando ya tenía un nombre glorioso, acreditado en sus largas *tournées* teatrales por los Estados Unidos, Canadá e Inglaterra, la Frederick entró a formar parte, como primera figura, del elenco de la «Famous Players», donde interpretó «Bella Donna», una de sus primeras creaciones que le vimos en España. Siguió bastante tiempo en aquellos estudios, afinando, puliendo su arte en cada nueva creación, adaptándolo más y más a las exigencias del cinematógrafo.

Y pronto fué una de las actrices cinematográficas más nombradas de Estados Unidos.

Recientemente, la «Robertson-Cole» le hizo proposiciones para trabajar en una producción especial, y para esa marca creó el papel principal en la película «Salvamento», cuyo asunto está basado en una original novela de Daniel F. Whitcomb.

En la actualidad—por lo menos en los últimos tiempos—trabaja para la «Goldwyn», aunque no con carácter fijo, pues no es la Frederick mujer que se sujete a trabajar para una sola manufactura.



PAULINA FREDERICK EN
::: LA INTIMIDAD :::

Nació Paulina Frederick en Boston y pertenece a una familia acomodada.

Una revista americana nos la presenta en una deliciosa entrevista, que no podemos resistir a la tentación de publicarla:

«¿Recordáis, no hace muchos años, cuántos artículos descriptivos se escribieron sobre esta estrella, colocándola en un ambiente de voluptuosa opulencia, de sedas susurrantes y de placeres que prometían a sus ojos como abismos del pecado?»

Antes, ella, más que mujer y más que artista, era la actriz de inexplicable fascinación. Pero, felizmente, Paulina ha logrado emerger de esa fama.

Y es como realmente la conocen hoy las multitudes, que admiran en ella sus propios méritos, su talento y su genio.

Su belleza real, tal y como es verdaderamente ayudando a su arte para expresar la emotividad de los más culminantes pasajes.

Buscando de conversar unos instantes con esta genial artista, le insinué últimamente mis deseos de celebrar con ella una entrevista íntima, la que se adelantó a concederme en su pequeño «cottage».

—Es realmente un «cottage»—me decía ella.—No más que un rinconcito de descanso y nada que recuerde magnificencia ni lujo podrá encontrar allí. Mamá y yo siempre nos vamos a descansar a este lugar delicioso en cuanto tenemos la menor oportunidad, y en el reposo de nuestra casita apartada saboreamos la tranquilidad por espacio de dos o tres días. Y durante esos días que pasan fugazmente, sabe una que, por lo menos, no tiene que preocuparse en agradar a las gentes. Por lo demás, no nos ocupamos siquiera de traer una criada.

Así, yo que he sido huésped de Paulina en su lujosa casa de Beverly Hill, donde la actriz dispensa hospitalidad a lo más selecto del mundo elegante, me dirigí hacia su apartada casa de campo

Abandoné el tren en una pequeña y tranquila estación de la montaña y caminé una media milla, aspirando el aire estimulante de California. En medio de un campo descubrí, por fin, a Paulina y su madre apoyadas sobre la balaustrada de madera de su honesto nido.

—Entre, entre—me gritó Paulina, presentándome poco después a la señora Frederick.

Mantuvimos una interesante conversación. Nadie creería hallar en una mujer de teatro a una intelectual de tan extraordinaria cultura como ésta.

Es una mujer educada en las tradiciones de sus antecesores, que gozaron en Boston fama de sabios y merecieron toda clase de respetos de la más encumbrada sociedad.

—Nunca hubiera creído—le dije—que usted pudiera trabajar en un coro, aunque ese coro fuese el de una tragedia de Sófocles.

—Eso fué una torpeza que cometí, que la pagué con exceso. Fomé parte del coro en aquel gran teatro de Nueva York, por una excentricidad, porque había leído con entusiasmo los coros de las tragedias helénicas y me pareció entonces que cada corista tenía en el conjunto una parte personalísima. Luego me convencí de que me equivocaba, de que el tal coro era una cosa mecánica y anodina. Pero ya era tarde para el arrepentimiento. En mi historia artística hay una mancha: la de haber sido corista.

Se llevó la conversación hacia su arte actual.

—Dudo—dijo ella—si me gusta más el cine que el teatro, pero creo que aquél tiene sobre éste la ventaja de ofrecer más realismo al desarrollo del carácter durante el transcurso de la acción. Creo que la cámara ofrece más ancho campo para expresar ideas. He sacado esta conclusión durante mis primeras obras. A partir de mi papel de Roma en «La defensa de Dane», me he confirmado en mi decisión de consagrarme exclusivamente a la pantalla.

—Es que sus heroínas emocionales—le replicó—siempre han conmovido a todos los públicos. Yo recuerdo cómo las sombras de dolor de su rostro iban paulatinamente apenando a un público numeroso, como no había visto hasta entonces.

—¿Cree usted que tengo una fácil expresión para el dolor? Para expresar el dolor de la tragedia con exactitud hay que haber vivido la vida un poco trágicamente también.

—Yo he visto al público de Nueva York admirado al contemplar su estupenda creación de «Madama X».

—Es esa una de mis más emocionantes creaciones y la película una de las mejores que se han producido. Yo procuro vivir un poco la vida de estas infortunadas mujeres antes de reproducirlas en la pantalla. Así viviendo en mi imaginación sus desventuras, consigo la más acertada expresión en los momentos de dolor.

Hemos seguido conversando de esta guisa sobre asuntos ya más íntimos, y los ojos soñadores de la Frederick siguen obsesionándome con sus verdosas luces, que hacen un contraste con la penumbra del cuarto, todo oscuridad ahora...»





Paulina Frederick, en *Una semana de vida*

Dibujo de E. Astor

Parece ser que en la vida vertiginosa de Paulina Frederick, el amor no ha dejado una huella profunda.

Es natural. En su primera juventud, la gran actriz, en plena apoteosis de triunfos, solicitada por infinitos admiradores, embriagada por el opio de sus éxitos, no tuvo tiempo para fijarse en el amor.

Voló de un cariño a otro, sin detenerse en ninguno, con esa frivolidad saltarina y reídora que tienen los amoríos en la vida nómada de los artistas de teatro.

Y ahora que la actriz, un poco cansada de los placeres mundanos suspira por el reposo y la soledad, es cuando creemos que su alma sueña con unos momentos felices de amor.

Esto no quiere decir que la estrella no haya amado alguna vez. Lejos de eso. En su vida de artista teatral, cuando su figura de reina triunfaba en los escenarios y sus ojos verdes enloquecían a los espectadores, hay varias páginas de amor.

Son unas páginas cálidas, escritas en momentos de fiebre y de pasión. Nos hablan unas del amor sencillo de algún buen mozo rural, que un día se enamoró de la actriz al verla representar un papel emocionante sobre el escenario de una capital provinciana.

Nos hablan otras del amor complicado, lleno de refinamientos y de voluptuosidades, de los hombres de Nueva York, que también tuvieron idilios relámpagos con la actriz renombrada.

Pero fué hace unos cuatro años cuando el verdadero amor—por lo menos lo que ella creía verdadero amor—llamó a las puertas de su corazón.

Paulina se enamoró de un hombre muy mujeriego, muy mundano, muy acostumbrado a moverse en la vida falsa de los escenarios y de los estudios, donde su figura era extraordinariamente solicitada por el elemento femenino.

Era un hombre que tres veces se había casado, haciendo juramentos de eterno amor, y tres veces se había divorciado, buscando fútiles motivos. En realidad, William Mack—que tal es el hombre a que nos referimos—escritor de talento y actor de renombre, no encontraba en ninguna mujer esa alma gemela que es la base de la felicidad conyugal.

La Frederick, deslumbrada por aquella aureola de temible conquistador que rodeaba la figura de Mack, se dejó seducir y se casó

con él. Tal vez había en ella ese deseo, muy femenino, de hacer ver a las mujeres divorciadas de él, que el escritor era un hombre que se podía dominar fácilmente.

Se equivocó. Tres años pasaron, en una tranquilidad forzada, bajo la cual suspiraba el deseo mutuo de separación. Ni un grito, ni un gesto destemplado rompía aquella tranquilidad. Pero una muralla de hielo separaba a los dos esposos. Y un día, ambos comprendieron que solamente en el divorcio estaba la felicidad.

Y, también sin alterarse, con la sonrisa en los labios, convinieron en una amistosa conversación seguir cada uno en la vida distintos caminos.

Y se separaron. Y hoy son dos buenos amigos, que gustan de charlar un rato por las calles de Los Angeles, a la hora amable en que los artistas salen de los estudios.

Por eso decimos que el amor, que tan bien interpreta la Frederick, es una cosa secundaria en su vida.

**EL HOMBRE IDEAL DE
: : LA GRAN TRAGICA : :**

En una encuesta organizada por un periódico americano para preguntar a las artistas cinematográficas cuál era su ideal de hombre, la Frederick ha respondido lo siguiente:

«Mi hombre ideal es el soldado, no por las glorias de la guerra y el atractivo que ella posee, sino porque es inevitable tomar parte en ella para proteger a los nuestros, que caerían ante el peligro, si no estuviéramos listos para colocarnos entre ellos y la desolación.

Se ha dicho que un soldado debe ser un hombre de escasa o ninguna imaginación; mi hombre ideal prueba en forma irrefutable lo falso de tal idea, pues nadie necesita más imaginación que el actor de cine, y el número de estos bravos jóvenes que se han enrolado en las estaciones de alistamiento situadas en el radio de los talleres cinematográficos, es bien conocido.

A mi parecer, se precisa mayor imaginación para darse cuenta de los horrores de la guerra y ser capaz de afrontarlos, sabiendo que hay algo infinitamente más elevado y digno de sacrificio, que el solo hecho de darse cuenta de tales horrores, sin tratar de hacer cada uno su parte y terminarlos para siempre

Toda mujer tiene en su corazón un lugar muy querido para el hombre ideal—hermano, amigo, esposo, o novio—que va a combatir a los campos de batalla.»

Es así como se expresó Paulina Frederick, cuando la voz de los cañones alemanes, que abatían las torres orgullosas de la Catedral de Reims, repercutía en los pueblos nuevos de Estados Unidos.

MICROME GAS



TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Bruch, 3 - BARCELONA

Se publica los sábados

Estos cuadernos se servirán a domicilio, mediante los siguientes

ABONOS

Abono anual,	<i>España y Portugal:</i>	18 ptas.	- <i>Extranjero:</i>	25 ptas.
» semestral	»	9	»	12'50
» trimestral	»	4'50	»	6'25

Pago adelantado, por Giro Postal o valores de fácil cobro

NUESTRO BUZÓN

G. R. — Granada. — El precio de suscripción de un trimestre es de Ptas. 4'50 que puede remitirnos por giro postal o sellos de correo. Podemos remitirle los cuadernos de Polo y Juanita Hansen, al precio de 40 céntimos cada uno, cuyo importe, más el de 35 céntimos para certificado, si así lo desea, puede remitirnos también en sellos de correo al hacer el pedido.

M. Muñoz. — Burjasot. — Mandado su pedido de postales el día 13 del pasado mes.

F. M. M. — Es casi seguro que las publicaremos. La dirección de Pina Menichelli es: Rinascimento Film, Roma.

R. de A. V. — Barcelona. — Los cuadernos dedicados a Dorothy Dalton y Susana Grandais ya han aparecido. El de María Jacobini no tardaremos en publicarlo. No tenemos ningún retrato para la venta de la malograda Susana Grandais.

J. T. — Zaragoza. — El día 13 de Mayo le remitimos la serie A. de postales de artistas cinematográficos.

R. Bonilla. — Sevilla. — Para cuadernos publicados diríjase a nuestro agente exclusivo en esa D. José Bermudo Rodríguez, Sierpes, 74.

M. M. — Madrid. — Se le enviaron ya las postales que pedía de Wallace Reid y Tom Moore.

F. A. — Melilla. — Eddie Polo tiene 34 años. Efectivamente, el verdadero nombre de la Bertini es Elena Vitiello.

Mary. — Barcelona. — La dirección de Edith Johnson es: Vitagraph Studios, Los Angeles, California. El protagonista de «Tarzán, el hombre mono» es Elmo Lincoln; el de «El Conde de Montecristo» León Mathot. La dirección de Mary Walcamp es: Universal City, California. Escríbale en inglés o francés, porque en español no le entenderá.



TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

SE VENDE EN TODA ESPAÑA, BALEARES,
PORTUGAL Y AFRICA (Posesiones españolas)

CUADERNOS PUBLICADOS

De venta en esta Administración y en
casa de nuestros Agentes exclusivos

- | | | | |
|-----|----|-------------------------|-------------------------|
| N.º | 1 | Francesca Bertini | 3. ^a ed. |
| » | 2 | Ch. Chaplin (Charlot) | 3. ^a » |
| » | 3 | Douglas Fairbanks | |
| » | 4 | Mary Pickford | |
| » | 5 | Charles Ray | |
| » | 6 | William Duncan | 2. ^a edición |
| » | 7 | Pearl White | 2. ^a » |
| » | 8 | Gustavo Serena | |
| » | 9 | Pina Menichelli | |
| » | 10 | Max Linder | |
| » | 11 | Margarita Clark | |
| » | 12 | Eddie Polo | |
| » | 13 | María Walcamp | |
| » | 14 | Wallace Reid | |
| » | 15 | René Cresté | |
| » | 16 | Hesperia | |
| » | 17 | Roscöe Arbuckle (Fatty) | |
| » | 18 | Mabel Normand | |
| » | 19 | William S. Hart | |
| » | 20 | Juanita Hansen | |
| » | 21 | Sessue Hayakawa | |
| » | 22 | Dorothy Dalton | |
| » | 23 | George Walsh | |
| » | 24 | Susana Grandais | |
| » | 25 | Tom Moore | |
| » | 26 | Norma Talmadge | |
| » | 27 | Harry Houdini | |